4336

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA

LA ESPERANZA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MARIA DE SOTO Y SAEZ

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1890

LA ESPERANZA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MARÍA DE SOTO Y SAEZ

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO DE VARIEDADES
la noche del 6 de Diciembre de 1890.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL.

1890

PERSONAJES		ACTORES
LEONA.....	SRA.	FELISA SUÁREZ.
PILAR.....	SRTA.	CLARA TORRES.
ROSARIO.....	»	AVELINA TORRES.
DON SEVERO.....	SR.	FRANCISCO IGLESIAS.
PABLO.....	»	JOAQUÍN COS.
FERNANDO.....	»	FAUSTO S. REDONDO.

La acción en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de su autora, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La autora se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A MI QUERIDA MADRE

De tí he recibido el primer beso; recibe tú mi primera obra.

María.

677025

ACTO ÚNICO

Despacho amueblado con elegancia. Puerta de entrada al foro. Á la derecha del actor, en primer término, puerta de entrada á la habitación de Pablo; en segundo un balcón. Á la izquierda del actor, en primer termino, puerta de entrada á la habitación de Leona; en segundo término puerta á la habitación de Pilar.

ESCENA PRIMERA

LEONA y PILAR

Leona, sentada en un sillón ante la mesa del despacho, revolviendo papeles y sumamente nerviosa. Pilar, al otro lado de la mesa, arregla los objetos que Leona pone en desorden.

PILAR. No lograré que deseches tus ridículos temores y tus infundados celos.

LEONA. Demasiado sabes que mis sospechas tienen un motivo para estar furiosa... Mi marido me engaña, hermana mía.

PILAR. Estás loca; Pablo es bueno, cariñoso y te quiere...

LEONA. No lo dudo, pero á los demás también... Aquí está... (Furiosa y dando un fuerte puñetazo en la mesa.)

PILAR. (Alarmada.) ¿Quién?

LEONA. La prueba de su infidelidad; hace algunos días que al entrar yo aquí cerró precipitadamente el cajón de esta mesa y se turbó al preguntarle lo que con tanto interés ocnltaba; se hizo el distraído y mudó de conversación sin lograr saber por él una palabra. ¡Oh!... pero yo le aseguro... que todo he de descubrirlo, y entonces... ¡Oh!... entonces... mi venganza será terrible.

PILAR. ¡Bah! Yo tengo á Pablo por tan bueno y tan formal como á Fernando..

LEONA. ¿Tu prometido?... ¡Pobre hermana! Ese será como todos. Ahí tienes: estábais citados para las tres, son las cuatro y aún no ha venido.

PILAR. No habrá podido...

LEONA. Si de novios le acostumbras á hacer su capricho, cuando os caséis, tendréis muchos disgustos... Pablo no ha tenido más voluntad que la mía, y ahora ya lo ves, no puedo con él.

PILAR. Es natural.

LEONA. ¡Cómo!

PILAR. No, nada, nada... Mira, lo mejor que podemos hacer, es prepararnos para ir á esperar á nuestro tío Severo, que como sabes, llegará esta tarde, y mientras tanto vendrá Fernando y nos acompañará.

LEONA. ¿Le esperas?

PILAR. Ya lo creo; estoy tan segura de él como de mí misma. ¿Vamos?

LEONA. Sí, sí; necesito estar distraída... mi cabeza es un volcán... (Vanse por la puerta de la izquierda, primer término.)

ESCENA II

ROSARIO y PABLO

Entra Rosario sigilosamente por el foro y Pablo detrás de ella.

PABLO. Vengo de la joyería y me han dicho que ya habían mandado mi encargo.

ROS. Sí señor, aquí está. (Sacando un estuche y mirando por si alguien los ve.) El dependiente le ha traído y lo he ocultado.

PABLO. ¿Al dependiente?

ROS. No señor, al estuche; como me dijo usted que las señoras no se enterasen... (Dándosele.)

PABLO. ¡Magnífico! (Muy contento.)

ROS. Si señor que es magnífico; me he atrevido á abrirle.

PABLO. ¿Te gusta?

ROS. ¿A quién no le gusta esa pulsera tan preciosa?

PABLO. (Metiéndose la mano en el bolsillo del chaleco.) Es para ti. (Guarda el estuche en la mesa.)

ROS. ¿Para mí? (Muy alegre.) ¡Será posible!

PABLO. Que es para tí este duro en recompensa del servicio que me has prestado.

ROS. (Aparte.) ¡Ah!... creí... (Alto.) Muchas gracias... (Aparte.) (¿Para quién será ese regalo que tanto esconde?)

PABLO. De esto guardarás la más absoluta reserva. (Se aparta de la mesa después de haber guardado el estuche, y distraído cierra el cajón dejando las llaves puestas.)

ROS. Nada sabrán. (Va hacia la puerta del foro.)

PABLO. Oye, otro...

ROS. ¿Duro? (Extendiendo la mano y volviéndose prontamente.)

PABLO. Otro encargo. Cuando venga Fernando, hazle pasar á mi habitación.

ROS. (Mirando por el balcón.) Acaba de entrar; por el balcón...

PABLO. ¿Que ha entrado por el balcón?

ROS. Digo, que le he visto por el balcón. (Vase por el foro.)

ESCENA III

PABLO y FERNANDO; después LEONA y PILAR

PABLO. ¡Adiós, querido!...

FERN. (Entrando por la puerta del foro.) ¡Hola, calaverón!...

PABLO. Pillastre, ya sabes que soy un modelo de. .

FERN. Seriedad, formalidad, ¡já, já, já! ¡Qué pensaría tu mujer si supiera el papel que has aceptado!...

PABLO. Mira, chico; haz el favor de no hablar de eso; se llama Leona, y como tal se pondrá si se entera.

PILAR. (Desde la puerta de la izquierda.) ¡No, si ya se está enterando!

LEONA. (Aparte á Pilar.) ¡Ves... ves!... ¡Infame!

PILAR. (Aparte á Leona.) ¡Calma!...

FERN. (Aparte á Pablo.) ¡Vaya, no niegues que has tomado tu papel por lo serio y vas á enamorarte de..

PABLO. ¡Pilar! (Viéndola salir con Leona.)

FERN. (¡Caracoles!) (Aparte á Pablo, como temeroso de que hayan oído la conversación.)

PILAR. Fernando... (Dirigiéndose á saludarle.)

FERN. Querida Pilar... amiga Leona, ¿qué tal?

LEONA. Mal, amigo mío, muy mal; estoy... rabiando.

FERN. ¿Cómo es eso?

PILAR. Las muelas; tiene una gran fluxión. (Habla aparte con Fernando.)

PABLO. (Acercándose á Leona con solicitud.) ¡Y nada me has dicho!

LEONA. (Haciendo inútiles esfuerzos para no desbordar su ira.) Nada, esposo amantísimo; todo te lo reservo para que la sorpresa sea mayor. (Hablan acaloradamente.)

FERN. (Aparte á Pilar.) Eres un ángel, y me harás el más feliz de los maridos...

PILAR. Y tú, de seguro, me amarás cada día más. (Continúan hablando.)

LEONA. ¿Ese es el cariño que tienes á tu mujer á los dos años de casados?

PABLO. Pero escúchame...

LEONA. Es inútil; tu vida disipada será causa de grandes disturbios entre nosotros.

PABLO. Pero hija, ¿quieres prescindir de esos celos tontos y ser razonable?

LEONA. Razonable con un hombre que me engaña, asegurándome venir temprano y descolgarse...

PABLO. ¿Por dónde?

LEONA. No estoy para bromitas. (Siguen hablando.)

FERN. (Aparte á Pilar.) Anoche, en casa de Ruíz, todos elogiaban tu elegancia y yo el primero.

PILAR. Adulador... ¡Calle! ¿qué es eso? (Reparando en una cartera que Fernando ha sacado del bolsillo.)

FERN. El retrato que te había ofrecido. (La entrega una fotografía.)

PILAR. Es la mejor fotografía que tengo tuya. Has salido muy bien. (Miran los dos el retrato.)

LEONA. (Á Pablo.) ¡Mentira! (Furiosa.)

PILAR. / FERN. } ¿Eh?

PILAR. ¿Qué es eso?

LEONA. Nada, que éste quiere engañarme, asegurándome que se ha pasado la tarde jugando al tresillo. ¡Dios sabe lo que harás tú por ahí! (Pilar y Fernando hablan aparte.)

PABLO. ¡Já, já! ¿pero tú que crees?...

LEONA. Que tienes amigas, gastas el dinero en el juego y haces desgraciada á tu mujer.

PABLO. ¡Esto ya es demasiado; no puedo sufrirte! (Vase furioso por la puerta del foro. Leona se pasea muy agitada.)

PILAR. Cálmate ; estás exaltadísima.

FERN. ¿Pero qué ha pasado?

LEONA. Ha pasado, que mi marido es un hombre sin formalidad.

PILAR. ¿Qué has descubierto para ponerte así con él?

LEONA. Pues... nada, pero lo descubriré.

FERN. Vaya, amiga mía, eso no merece la pena. Pablo es incapáz de hacer...

LEONA. Nada bueno.

PILAR. Ni malo, esas son tonterías.

LEONA. ¿Tonterías, eh? tonterías... ¿De modo que tener celos es un gusto?

FERN. Al contrario; es una desgracia; pero en esta ocasión no veo un motivo para ello.

PILAR. Ni yo.

LEONA. Ustedes están sin vista.

PILAR. }
FERN. } ¿Cómo?

LEONA. Es natural, al amor le pintan ciego... pero ya se convencerán ustedes de que tengo razón.

PILAR. (Á Fernando.) Vas á hacerme el favor de ir al círculo, y si está Pablo...

LEONA. Yo no quiero verle, no.

PILAR. Reflexiona lo que pensará el tío si no le encuentra en casa; él que viene tan ageno á lo que está pasando, se figurará que os habéis separado, y darás á esto más importancia de la que tiene.

LEONA. Es que me voy á separar, vaya si me separo.

FERN. Otro día, por hoy conviene hacer lo que dice Pilar. Cálmese usted, que todo se arreglará. Hasta luégo, Pilar.

PILAR. Adiós, no tardes.

ESCENA IV

LEONA y PILAR; después ROSARIO

PILAR. Ahora tracemos el plan que hemos de seguir.

LEONA. Mira, Pilar, yo no estoy ahora para trazar planes.

PILAR. ¿Crees que tu marido adora á otra mujer?

LEONA. Positivamente.

PILAR. ¿Y no te figuras quién pueda ser ella?

LEONA. ¡Ves tú á saber, alguna bribona!

PILAR. ¡Ah, qué idea!...

LEONA. ¿Sospechas de alguien?

PILAR. Sospechar... no; pero el otro día encontré á tu marido hablando muy misteriosamente con la doncella y hoy por la mañana la he visto salir de la habitación de Pablo.

LEONA. ¿De veras, de veras? (Llama al timbre con mucho coraje.)

ROS. (Entra por la puerta del foro.) ¿Las señoras han llamado?

LEONA. Sí *señora*... ¿Usted sabe quién soy yo?

ROS. ¡Qué pregunta! vaya si lo sé, sí señora, la casa de esta ama.

PILAR. Pero...

ROS. No, no; el ama de esta casa.

LEONA. Por lo tanto, tengo derecho de ponerla á usted de patitas en la calle si no cumple sus deberes.

ROS. Yo no he faltado á nadie y no comprendo á qué viene esto.

PILAR. ¿Puede saberse á qué entró usted esta mañana en el cuarto del señorito?

ROS. Toma, á colgar la percha del batín.

PILAR. ¿La percha del?...

ROS. Digo, el batín en la percha, es igual.

PILAR. (Aparte á Leona.) Se turba.

LEONA. (Idem á Pilar.) ¡Malo, malo! (A Rosario.) Ya no nos puede usted ocultar nada.

ROS. (Aparte.) (¡Dios mío, lo saben!) ¿Pero quién les ha dicho á ustedes?...

LEONA. Eso no le importa á usted.

ROS. Si yo he callado ha sido...

LEONA. Porque la convenía; pero hoy mismo saldrá usted de esta casa.

ROS. Señora, el motivo no es tan grande...

LEONA. Cállese usted, no tolero que se burle de mí.

ROS. (Compungida.) ¡Verme tratada así, por hacer un favor!

PILAR. (Con burla.) ¡Ya lo creo!

ROS. ¡Qué injusticia tan grande! ¡Yo que los quiero á ustedes tanto!

LEONA. ¡Mucho!

PILAR. (Con mucha intención.) Ya se comprede á quién usted quiere.

ROS. Al único que se interesa por mí.

LEONA. ¿Conque nuestras sospechas eran ciertas?

ROS. ¿Pero qué sospechan ustedes?

PILAR. Ya no puede usted ocultar sus relaciones.

ROS. Ni trato de ello, y la prueba es que pienso casarme con Pablo.

LEONA. (Admiradísima.) ¡Con pablo!

PILAR. ¿Pero qué Pablo es ese?

ROS. Mi novio, que está de dependiente en una platería.

LEONA. ¡Ah! ¿De modo que mi marido no la ha dicho á usted nada?

ROS. Sí señora.

LEONA. ¿Cómo?

ROS. Me encargó que no se enterasen ustedes de una pulsera que han traido; pero como ya lo saben, es inútil ocultarlo.

PILAR. (Aparte á Leona.) ¡Pobre muchacha, qué mal rato la hemos dado!

LEONA. ¿Para quién será ese regalo?

ROS. Lo ignoro; sólo sé que lo guardó en un cajón de esa mesa con mucho misterio.

PILAR. Es necesario que usted nos ayude á averiguar quién infierna esta casa.

ROS. Pues la portera...

LEONA. ¿La portera? ¿Y se atreve?...

ROS. No, si digo que la portera me entregó el otro día un paquete que habían traído para el señor.

PILAR. ¿Quién le trajo?

ROS. No se lo pregunté.

LEONA. Es preciso averiguar qué señas tenía.

ROS. ¿El paquete?

PILAR. No, mujer, el portador.

ROS. Eso es fácil; en la portería me lo dirán.

LEONA. De ésto, que no se entere mi marido.

ROS. Descuide usted, soy muda. (Aparte.) ¡Qué lío!... bien

decía yo que el señor... (Vase muy ligera por el foro.)

PILAR. Voy á ver si en el cuarto de Pablo encuentro algo que nos haga dueñas del secreto. (Entra por la puerta de la derecha, primer término.)

ESCENA V

LEONA y luégo PILAR

LEONA. Parece imposible que Pablo haga esto. (Busca por todas partes, y en una de las vueltas que da, ve las llaves puestas.) ¡Oh, felicidad! Pilar, Pilar .. mira. (Enseña triunfante el hallazgo.)

PILAR. ¡Las llaves! ¿Dónde estaban?

LEONA. Puestas, sin duda se le olvidó quitarlas; cierra la puerta. (Abre el cajón, y Pilar, después de cumplir su encargo, vuelve á su lado.) Este es el cuaderno de los apuntes de este mes. (Saca un cuadernito de pequeñas dimensiones.)

PILAR. (Con curiosidad.) Veamos.

LEONA. (Lee.) «En papel, tinta, etc... diez pesetas. Dulces de la Pajarita, cincuenta.» ¿Á quién habrá regalado estos dulces? (Lee.) «Guantes, cigarros, lotería...» Á mí si que me ha caído con la desordenada vida de este marido mío. «Pulsera, mil pesetas.» Este es el regalo de que nos ha hablado la doncella.

PILAR. Aquí está. (Sacando un estuche del cajón.)

LEONA. ¿Á ver, á ver? (Le abre y lo mira con atención.)

PILAR. (Ha sacado una fotografía del cajón y la contempla admirada.)

LEONA. ¡Esto es el colmo! (Cerrando el estuche con rabia.)

PILAR. No, querida; es el retrato de una mujer preciosa. (Se lo entrega á Leona.)

LEONA. ¿Dónde la habrá conocido Pablo?

PILAR. No sé.

LEONA. Necesito saber cómo se llama esta mujer. (Mirando el retrato.)

PILAR. Difícil lo veo. (Pensativa.) Pero no, no es difícil; como Fernando es tan amigo...

LEONA. ¿De ella?

PILAR. No, mujer, de tu marido; tal vez nos dé antecedentes ó la conozca de vista.

LEONA. Me parece muy bien.

PILAR. Yo me quedo con este retrato, y cuando venga se lo preguntaré.

LEONA. (Furiosa.) Mañana, el divorcio.

PILAR. No hagas tonterías y déjalo para cuando se vaya el tío. (Cierra el cajón de la mesa, pero no echa la llave.)

LEONA. ¿Le dejas abierto?

PILAR. Naturalmente, para poder guardar el retrato sin que Pablo sospeche lo que hemos descubierto.

LEONA. ¿Y las llaves?

PILAR. ¿Las llaves? Aquí. (Arroja el llavero á un lado de la habitación.) De este modo, Pablo creerá que las ha perdido. Fernando no debe tardar.

LEONA. ¡Fernando! ¡Si vieras qué poco me fío de él! En su cara dice que le gustan mucho las mujeres.

PILAR. Nada tengo que temer y no soy tan celosilla como tú. (Vanse por la puerta primera, término de la izquierda.)

ESCENA VI

ROSARIO, por el foro.

Alto, grueso y con patillas rubias; tiene facha de lacayo y es muy hablador. Estas son las señas del portador del paquete. Muy bien; ¡cuando yo decía que el señor era un pillín... no me equivoqué! ¡Cómo le va á poner la señora cuando le vea!... ¡Cómo pascua de ropa; digo, no, como ropa de pascua! ¡Caramba con el señorito!

ESCENA VII

ROSARIO y PABLO

PABLO. (Desde la puerta del foro.) ¡Chist, Rosario!...

ROS. ¡Ah! ¿Es usted?

PABLO. ¿Mi mujer ha salido?

ROS. No señor.

PABLO. Si viene alguien, avísame: voy á buscar unas llaves que he perdido y no quiero que sepan que estoy aquí, pues me entretendrían y tengo que hacer. (Entra por la primera puerta de la derecha.)

ROS. Claro, teme á la señora... ¡y eso que no sabe cómo está!...

PABLO. (Saliendo de su cuarto.) ¿Pero tú no has visto?...

ROS. ¿El qué?

PABLO. Las llaves de esta mesa.

ROS. No señor; pero las buscaremos. (Miran los dos por la habitación y Rosario se asoma por la puerta del foro para ver si alguien se acerca.)

PABLO. (Alarmado.) ¿Viene alguieu?

ROS. Nadie. (Sigue buscando.) ¡Ahí están!...

PABLO. (Disponiéndose á marchar.) ¿Las señoras?

ROS. ¡Las llaves, las llaves! (Cogiéndolas.)

PABLO. Vengan. (Va á la mesa.)

ROS. (Mira hacia la habitación de Leona y le hace señas de que se vaya, pero Pablo no la ve.) Señorito... ¡Vienen, vienen!... (Muy apurada.)

PABLO. (Metiendo las llaves en la cerradura, pero sin llegar á abrir el cajón.) ¡No han de venir! ¡como que son de esta mesa!

ROS. ¡Si son las señoras las que vienen!

PABLO. (Quita precipitadamente las llaves.) ¡Adiós! No digas á nadie que he estado aquí. (Vase muy ligero por la puerta del foro tropezando al salir con algún mueble.)

ROS. (Viéndole ir por el foro.) ¡Cómo va!...

ESCENA VIII

ROSARIO, LEONA, y PILAR; después FERNANDO

LEONA. (A Rosario.) ¿Qué miras?

ROS. (Muy turbada.) Nada, señora, nada.

LEONA. ¿Ha venido el señorito?

ROS. Sí señora; digo no, no ha venido.

PILAR. ¿Sabe usted ya quién trajo el paquete?

ROS. Sí señora.

LEONA. Luégo nos dirá usted lo que sepa: ahora no podemos detenernos. Mande usted á buscar un coche inmediatamente.

ROS. Está muy bien. (Vase por la puerta del foro.)

PILAR. (Á Leona.) Que el tío no se figure lo que pasa.

LEONA. No sé si tendré calma para no arañarle.

PILAR. ¿Al tío?

LEONA. Á Pablo, cuando se me presente.

PILAR. Delante del tío no hagas ninguna demostración de desagrado.

FERN. ¿Se puede? (Desde la puerta del foro.)

LEONA. De ninguna manera. (Contestando á la anterior pregunta de Pilar y sin haber notado ninguna de las dos la presencia de Fernando.)

FERN. ¡Ah!... ¿Me niegan ustedes la entrada?

PILAR. No, hombre, es que ésta no quiere calmarse y tener paciencia hasta saber por quién la falta su marido.

FERN. Precisamente le he buscado por todas partes y no le encuentro.

LEONA. ¡Dios sabe dónde estará!

FERN. Deseche usted esos temores.

LEONA. Tengo casi la prueba de que me engaña.

FERN. ¿Sí? (Con burlona curiosidad.)

PILAR. Lo sabemos todo y tú vas á ser el encargado de enterarte quién es esta mujer. (Le presenta el retrato que encontraron en el cajón de la mesa, á cuya vista queda sumamente aturdido y confuso.)

FERN. ¡Qué veo! ¡Esperanza!

LEONA. (Muy agitada.) ¿Se llama Esperanza?

PILAR. (Un poco nerviosa.) ¿Luego tú la conoces?

FERN. (Turbado, tragando mucha saliva y sin saber qué decir.) Yo... mira... no... digo...

LEONA. (Aparte.) Éste es otro como Pablo. (Á Fernando.) Explí-

quese usted, hombre, expliquese usted. (Muy impaciente.)

FERN. Es que yo... mira...

LEONA. (Aparte á Pilar.) Éste lo sabe.

PILAR. (Completamente aturdida, dando un fuerte tirón del chaquet ó americana de Fernando.) ¿Lo sabes?

FERN. (Asustadísimo.) ¿Eh? ¿quién lo sabe?

LEONA. Usted, ¿quién ha de ser?

FERN. Es verdad, sí, la conozco... mucho.

PILAR. (Muy celosa.) ¿Mucho?

FERN. Es decir, mucho, no; pero la he visto...

LEONA. ¿Dónde?

FERN. (Aparte.) ¿Dónde la he visto yo, señor? (Alto.) ¡Ah! sí, sí, la he conocido... en...

PILAR. Habla, hombre, me impacientan tus reticencias ¿Dónde la has visto?

FERN. En paseo, eso es, en paseo con... con Pablo. (Aparte.) (No sé lo que me digo.)

LEONA. (Furiosa.) ¡Y ha tenido el cinismo de acompañarla en público!

FERN. No, no. (Aparte.) (Si sabe esto Pablo, me pega; vaya si me pega.)

PILAR. Pero explícate por Dios...

FERN. Pues la conocí...

LEONA. ¿Dónde, hombre?

FERN. En un baile, eso es, en un baile de... máscaras...

PILAR. ¿Iba vestida?

FERN. Ya lo creo, completamente.

LEONA. ¿De máscara?

FERN. ¡Ah!... De eso no me acuerdo; creo que sí...

LEONA. ¡Vamos!... (Como dando á entender que Fernando conoce mucho á Esperanza.)

FERN. Sí, sí, vámonos, es tarde... (Dando otro sentido al «¡vamos!» de Leona y entendiendo que ya es hora de irse.)

PILAR. (Deteniéndole.) Espera. ¿De modo que esa mujer es?...

FERN. Guapa, muy guapa.

PILAR. ¡Fernando!

FERN. (Aparte.) (¡Qué compromiso!) (A PILAR.) Mira, dame ese retrato, que yo veré de arreglarlo todo.

PILAR. Tú no ves á esa pájara de cuenta. (Sin darle el retrato.)

LEONA. Pero de mucha cuenta.

FERN. (Aparte.) (Algunas la he pagado.)

ESCENA IX

DICHOS y ROSARIO, por el foro.

ROS. (Muy rápido.) Señoritas, la puerta está en el coche.

FERN. ¿La puerta está en ..?

ROS. Que el coche está en la puerta.

LEONA. Mucho tiempo estamos perdiendo, no vamos á llegar.

PILAR. (Aparte á Fernando.) Te prohibo que te mezcles en este asunto.

FERN. (Aparte á Pilar.) (¿Pero tú dudas de mí?) (Pilar guarda el retrato en el cajón de la mesa.)

LEONA. Estoy furiosa, sólo me faltaba hoy la venida del tío. Rosario, que esté todo listo para cuando vengamos.

ROS. Vayan ustedes con Dios. (Vanse por la puerta del foro y Rosario se queda un momento parada viéndoles ir. Pausa. Vuelve al proscenio. Al público.) ¿Ven ustedes cómo están mis señoritas? Con menos motivo, ¿no habrá muchos en un manicomio? ¡Qué día, qué día tan fatal!

ESCENA X

ROSARIO y SEVERO, por el foro

SEVERO. ¿Dónde anda la gente de esta casa?...

ROS (Aparte.) (¿Quién será este hombre?)

SEVERO. ¿Y mis sobrinos?

ROS. ¡Ah!... ¿Pero usted es el tío?...

SEVERO. Sí, hija, sí.

ROS. Pues no hace diez minutos que salieron las señoritas á esperarle á Leganés...

SEVERO. ¿Á Leganés?

ROS. Digo, á la estación; me tienen mareada.

SEVERO. ¡Cuánto siento que hayan ido á esperarme! Yo, no creyendo hacer perjuicio á nadie, he adelantado dos horas el viaje.

ROS. ¿Quiere algo el señor?

SEVERO. Que coloquen todo la que sube el mozo en el cuarto destinado para mí.

ROS. ¿Nada más?

SEVERO. Nada. (Vase Rosario por la puerta del foro.)

ESCENA XI

SEVERO; después PABLO por el foro

SEVERO. ¡Ajajá! Ya estoy en Madrid; en mi centro, como quien dice (Va al espejo y se arregla el nudo de la corbata, mirándose satisfecho.) Estoy hecho un...

PABLO. ¡Tío, querido tío!... ¿Qué tal? (Abrazándole.)

SEVERO Muy bien. ¿Y tú, sigues siendo tan felíz con tu mujer?

PABLO. Sí señor; pero es tan celosa, que en todo ve motivo para creer que la falto. ¿Y á usted, qué le trae por aquí?

SEVERO. Mi genio condescendiente y mi eterna costumbre de hacer favores á todo el mundo. Soy uno de los socios fundadores de un nuevo casino organizado en el pueblo y vengo comisionado por la Junta para elegir muebles y todo lo necesario para la instalación, y aquí me tienes separado de mi mujer por no poderme negar á nada de lo que me piden.

PABLO. ¡Siempre el mismo! Complacer á los amigos es su mayor gusto.

SEVERO. Tenía muchos deseos de veros, conocer al novio de Pilar y echar una canita al aire.

PABLO. ¡Pero tío!... ¿Á sus años?...

SEVERO. ¿Y qué? Me gusta divertirme.

PABLO. Es usted un calaverilla.

SEVERO. He sido, he sido. Mira, la verdad es que desde hace tiempo no me cuidaba de las mujeres; pero hace dos años fué al balneario, del que como sabes soy Director, una que me volvió loco.

PABLO. ¿Iba sola?

SEVERO. No, con un tío muy antipático. Ella me confió que la tenía martirizada con sus celos y pasaba una vida horrible.

PABLO. ¡Pobrecilla!

SEVERO. Eso dije yo; pero chico, aquel hombre no la dejaba ni á sol ni á sombra. Pocos días después se fueron, agradeciéndome mucho las atenciones de que habían sido objeto por mi parte. No he vuelto á verlos; pero el recuerdo de la bañista no se aparta de mi memoria.

PABLO. (Acercándose á Severo misteriosamente.) Estamos solos y puedo hablar sin temor. Muy guapa sería aquélla; pero ésta... (Entusiasmado.)

SEVERO. ¿Cuál?

PABLO. Es todo un secreto que voy á confiarle. Un amigo mío quiere romper unas relaciones que hace un año sostiene con una bailarina.

SEVERO. Bien, bien; sigue.

PABLO. Me ha dado la delicada misión de ir en su nombre á entregarla un paquete de cartas y el retrato, á la calle de Carlos III, número veintiocho, entresuelo, y decirla que no se vuelva á ocupar de mi amigo para nada. (Habrá sacado un voluminoso paquete de cartas y el retrato que presenta á Severo.) ¿Es guapa, ó no? (Satisfecho.)

SEVERO. (Aparte.) ¡Ella! no hay duda... ¡Pero qué bonita!

PABLO. ¿Qué tal?

SEVERO. Preciosa, chico, preciosa. (Mirando el retrato entusiasmado.)

PABLO. Ya ve usted en el lío que me he metido por Seguido.

SEVERO. (Muy distraído.) ¿Seguido de quién?

PABLO. De nadie; es el apellido de mi amigo.

SEVERO. ¡Ya!... ¿Sabes que puedes tener un disgusto?

PABLO. ¿Con Seguido?

SEVERO. No, con tu mujer, si se entera de que has visto á Esperanza.

PABLO. ¿Luego usted la conoce? ¿Sabe cómo se llama?

SEVERO. (Aparte.) (¡Caramba, se me escapó!) (Alto.) No, pero...

PABLO. ¿Pero qué? (Muy impaciente.)

SEVERO. Nada, hombre, nada. (Aparte.) (¿Qué le digo á éste?)

LEONA. (Dentro.) ¡Rosario, Rosario!

PABLO. ¡Mi mujer! (Alarmado.) Voy á guardar eso.

SEVERO. Deja, deja. (Se guarda el paquete de cartas y el retrato.)

PABLO. (Sin comprendar lo que Severo intenta.) ¿Qué hace usted?

SEVERO. Silencio, voy á salvarte de este compromiso. (Aparte.) (Y á verla.) (Va á salir por el foro. Pablo le detiene conduciéndole á la puerta de su cuarto.)

PABLO. (Vivamente.) Por ahí no, por aquí. (Vase Severo por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XII

LEONA y PABLO

LEONA. (Entra sumamente agitada.) ¿Qué le habrá sucedido al tío?

PABLO. ¿Al tío? nada, si ha llegado hace dos horas.

LEONA. (Tranquilizándose.) ¿Dónde se ha metido?

PABLO. Dónde se ha ido querrás decir, porque salió y me dijo que volvía en seguida.

LEONA. Pablo, ahora que estamos solos, es preciso que antes de venir el tío hayamos tomado una resolución. Estoy en el secreto de lo que pasa.

PABLO. ¿Y qué sucede? vamos á ver. (Se acerca á Leona alegremente dispuesto á darla un abrazo.)

LEONA. (Rechazando á Pablo.) Basta de burlas; sepa usted que lo sé todo.

PABLO. ¡Todo!...

LEONA. De hoy en adelante, no podemos vivir bajo el mismo techo.

PABLO. Primero me explicarás qué significa esto, y después,

si el techo de esta casa no te parece bien, nos mudaremos á otra, ó nos iremos á una casa de locos; porque sospecho que tu juicio si no está perdido, le falta muy poco.

LEONA. (Furiosa.) No me exasperes.

PABLO. (Con tono cariñoso.) Pero mujer...

LEONA. No estoy en el caso de sufrir más tiempo á un hombre que hace mil locuras y derrocha el dinero en el juego y las mujeres.

PABLO. (De mal humor.) Se necesita mucha calma para oirte.

LEONA. Te vas de casa á las doce del día y no vuelves hasta las siete de la tarde.

PABLO. (Muy exasperado.) Eso no tiene nada de particular; en cambio por la noche no salgo más que contigo.

LEONA Eso creía antes; pero ahora estoy segura que esperas á que todos nos recojamos, y para que te faciliten la salida, tendrás sobornados al criado y al portero: de ese modo nadie se entera de tus escapatorias.

PABLO. (Furioso.) Me había propuesto no hacerte caso; pero pasas los límites y mi paciencia se agota.

LEONA. La mía es la que se ha concluído, y estoy resuelta á no sufrir más. ¡Si no me hubiera casado!...

PABLO. Con seguridad que estarías soltera, y yo mucho más tranquilo si no te hubiera conocido. ¡Qué mujer, caracoles, qué mujer! ¡Estoy aburrido!

LEONA. Y yo. (Entra por la primera de la izquierda y Pablo por la primera de la derecha, dando un fuerte golpe al cerrar las puertas. Dentro.) ¡Me voy de esta casa al momento!

PABLO. (Dentro.) ¡Mujer insufrible, terca! (Se oye un gran estrépito producido por algunos muebles al caer.)

ESCENA XIII

ROSARIO, PILAR, LEONA y SEVERO

ROS. (Aparece en la puerta del foro al oir el estrépito.) ¡María Santísima!... (Suenan las campanillas repetidas veces con

furor.) Voy... voy... ¡Cómo están! (Entra por la primera puerta de la izquierda.)

PILAR. (Sale por la puerta de la izquierda, segundo término, y se asoma por la puerta primera, ó sea la habitación de Leona.) ¡Qué escándalo! ¿Pero qué sucede?

LEONA. (Sale furiosa del cuarto.) Es imposible continuar así; Pablo y yo no podemos vivir juntos. (Se pasea agitadísima.)

SEVERO. (Entra por la puerta del foro.) ¡Queridas sobrinas!... (Las abraza con efusión.)

PILAR. ¡Gracias á Dios que le vemos á usted!

LEONA. ¡Mi buen tío!

SEVERO. Estás muy guapa, Pilar. ¿Y tu novio? deseo conocerle.

PILAR. (Muy contenta.) Luégo le verá usted, hoy come con nosotros.

SEVERO. (A Leona.) ¿Y tú, continúas siendo tan celosilla como siempre?

LEONA. Con razón; mi marido es ..

SEVERO. Muy bueno, y no tienes motivos para dudar de él.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, PABLO, FERNANDO y después ROSARIO

PABLO. (Sale de su cuarto con el sombrero puesto.)

SEVERO. ¡Calle! ¿Te vas ahora?

PABLO. Sí señor.

PILAR. (Aparte á Pablo.) Quédate, ¡qué pensará el tío!...

SEVERO. Yo creia que íbamos á comer... tengo apetito. Ya están los deseos de tu amigo satisfechos; he cumplido el encargo que á tí te confió. (Aparte á Pablo.)

PABLO. (Aparte á Severo.) Muchas gracias, tío. (Alto.) Sólo por usted me quedo; pero sep a usted que su sobrina...

LEONA. ¡Pablo!

FERN. (Entra por la puerta del foro.) ¿He tardado?

PILAR. (Cariñosamente.) Un poco. Le presento á usted á mi prometido esposo. Mi tío don Severo...

FERN. (Saludándole afectuosamente.) Tengo tanto gusto...

SEVERO. El gusto es mío.

LEONA. Ante todo, debemos ocuparnos de un asunto gravísimo. Este, (Señala á Fernando.) es como de la familia y nada tiene de particular que se entere. (Se sientan. Leona en una butaca, Severo á su lado; Pilar junto á Severo, Fernando á su lado y Pablo en el sillón de despacho.)

PILAR. (Aparte á Fernando.) ¿Qué necesidad tenía el tío de saber lo que pasa?

FERN. (Idem á Pilar.) ¿Y quién puede evitar esto?

LEONA. (Vivamente.) Mi marido tiene relaciones con una mujer que se llama Esperanza.

FERN. (Aparte.) ¡Qué disparate!

LEONA. Yo no transijo con esto, y mañana mismo me voy con usted y con mi querida tía.

PABLO. (Se levanta y pasea furioso por la habitación.) (¡No sé como me contengo!)

SEVERO. (Con mucha calma y sonriendo al ver desbarrar á Leona de esa manera.) Tú no sabes lo que dices; Pablo es incapáz de faltarte; el que tenía relaciones con Esperanza es un tal Fernando Seguido.

PILAR. (Se levanta agitadísima.) ¿Está usted seguro de lo que dice?

SEVERO. Completamente.

FERN. (Aparte.) (Se armó la gorda.) (Se levanta.)

LEONA. (Aparte y levantándose.) (Ya decía yo que éste también engañaba á Pilar.

PILAR. (A Fernando.) ¿Eres tú el que quiere casarse conmigo? ¡Ingrato, ingrato!... (Se sienta llorando amargamente en una butaca.)

SEVERO. (Aparte.) (¡La hice buena!) (Se levanta.)

FERN. (Suplicante.) Pilar... yo te prometo...

PILAR. (Furiosa.) ¡Déjame!

FERN. (Aparte.) (¡Maldito don Severo!)

PABLO. (Recriminando á Severo.) ¡Tiene usted los demonios en el cuerpo!

SEVERO. ¿Cómo me había yo de figurar que el novio de Pilar era el amigo de Esperanza?

PILAR. ¡Quiera usted á los hombres... Déles usted pruebas de cariño para esto!

LEONA. Ten calma; si Fernando es incapáz de faltarte. (Con mucha intención. Se vuelve á Severo.) Lo que no acabo de comprender es cómo está usted tan enterado de todo.

SEVERO. Es que Fernando comisionó á Pablo para anunciar á Esperanza que no volviera á pensar en él.

LEONA. (A Pablo con mucho coraje.) ¿Y has ido?

SEVERO. No, tu marido me confió el secreto y he sido yo el encargado de arreglarlo.

FERN. (Furioso.) ¿De qué manera?

LEONA. Ahora lo comprendo todo. ¿La pulsera también se la habrá usted llevado?

SEVERO. ¿Qué pulsera?

PABLO. (Aparte.) ¡Válgame Dios, qué mujer ésta!

LEONA. Una que he visto en tu mesa.

SEVERO. No sé á qué te refieres.

LEONA. Demasiado sabia yo que me engañabas.

PABLO. Pruebas, dame pruebas que justifiquen mi infidelidad.

LEONA. (Va al cajón y saca el cuadernito y el estuche; presenta a Pablo el cuaderno.) Niégame que visitas «La Pajarita,» y no será por nosotras, pues sabes que nos surtimos de casa de Roldán. Niégame también que estas mil pesetas las has gastado en esa pulsera que pensabas regalar no sé á quién; tú me hicistes concebir sospechas al verte el otro día cerrar el cajón de la mesa, sin duda porque yo no lo viera.

PABLO. Lo niego una y cien veces; los dulces fueron para la niña de Ruíz el día de su santo; no creí que una cosa tan insignificante pudiera causarte semejante sospecha. (Coje la pulsera y la abre.) Si te hubieras fijado como ahora lo haces, pronto hubieran cesado tus dudas al ver aquí (Señalando unas iniciales grabadas en la pulsera.) tus iniciales L. R. y la fecha del aniversario de nuestra boda. Las mil pesetas anotadas en el cuaderno, son el precio de esta pulsera; y por último, la Esperanza, por quien tú creías que te faltaba, es la joyería donde he comprado el regalo que pensaba hacerte mañana.

¿Lo ves? «La Esperanza,» joyería y platería. (Enseñándola la etiqueta que tiene el estuche.)

LEONA. Pablo, he comprendido demasiado tarde que tener celos es una desgracia, y te prometo no volver á dudar de tu cariño.

SEVERO. Veo con gusto vuestra reconciliación y comprenderás cuán infundados fueron tus celos.

FERN. (Que durante todo este tiempo habrá procurado calmar á su prometida.) Pilar, tus hermanos nos dan el ejemplo y espero que me perdones.

SEVERO. Tiene razón Fernando; cuando apenas te conocía, tuvo un capricho por esa mujer y hoy no piensa más que en hacerte felíz.

PILAR. (Se levanta.) Te perdono, olvido esa historia y seré con gusto tu esposa.

FERN. (Cogiéndola la mano.) ¡Oh, gracias!

SEVERO. (Muy contento.) Todo se arregló. (Aparte.) ¡Si supieran que esta noche acompaño á Esperanza al teatro y mañana la compro una pulsera!...

PABLO. De hoy en adelante prometo compraros á tu hermana y á tí cuantas alhajas os regale, en La Esperanza, nombre que por un momento ha turbado la paz de mi casa y al que bendigo por haber sido la joyería que elegí para conmemorar el segundo año de nuestro casamiento.

ROS. (Desde la puerta del foro.) Señores, la mesa está en la sopa.

SEVERO. ¿La mesa?...

ROS. Digo, no; la sopa, la sopa está en la mesa.

PABLO. ¡Ah, vamos!... Esta chica es fatal.

SEVERO. (Al público.)

La autora me está pidiendo
que la otorguéis indulgencia.
Si aplaudís, sigue escribiendo;
si no la aplaudís... ¡paciencia!

FIN DE LA COMEDIA

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.